

CLÁSICOS  
CLIE

# EL PREDICADOR Y LA ORACIÓN

EDWARD M. BOUNDS



CLÁSICOS  
CLIE

# EL PREDICADOR Y LA ORACIÓN

EDWARD M. BOUNDS



Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com

**CLÁSICOS  
CLIE**

# **EL PREDICADOR Y LA ORACIÓN**

---

**EDWARD M. BOUNDS**



editorial clie

Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com

**Editorial CLIE**

Ferrocarril, 8

08232 VILADECAVALLS (Barcelona) ESPAÑA

E-mail: [libros@clie.es](mailto:libros@clie.es)

Internet: <http://www.clie.es>

**EL PREDICADOR Y LA ORACIÓN**

CLÁSICOS CLIE

Copyright © 2008 por Editorial CLIE para la presente versión española

Adaptación del texto: Ana Magdalena Troncoso

ISBN: 978-84-8267-639-5

Clasifíquese:

2190 ORACIÓN:

Naturaleza e importancia de la oración

CTC: 05-32-2190-04

**Referencia: 224718**

Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - [Rickbooks84@gmail.com](mailto:Rickbooks84@gmail.com)

## Contenido

[Portada](#)

[Portada interior](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Cap. 1 El carácter y la predicación](#)

[Cap. 2 La casa de Dios](#)

[Cap. 3 La predicación de la letra versus la predicación crucificada](#)

[Cap. 4 La clave del éxito del verdadero predicador](#)

[Cap. 5 La clave del éxito del verdadero predicador \(continuación\)](#)

[Cap. 6 Hombres de oración](#)

[Cap. 7 La oración matutina](#)

[Cap. 8 El predicador devoto](#)

[Cap. 9 El gran ejemplo de David Brainerd](#)

[Cap. 10 La mente y el corazón del predicador](#)

[Cap. 11 El arte de predicar, una unción de Dios](#)

[Cap. 12 La oración intercesora del predicador por su iglesia](#)

[Cap. 13 La oración intercesora de la iglesia por su pastor](#)

[Cap. 14 La importancia de la devoción personal](#)

[Cap. 15 Visión de futuro para los predicadores](#)

Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com

## CAPÍTULO 1

# EL CARÁCTER Y LA PREDICACIÓN

*Estudie la santidad universal de la vida: su utilidad entera depende de esto, porque sus sermones, al fin y al cabo, no duran sino una hora o dos; empero su vida predica toda la semana. Si Satanás puede tan solo hacerle un ministro sórdido amator de alabanzas, de placeres, y buenas comidas, ha arruinado su ministerio. Dése usted mismo a la oración y consiga sus textos, sus pensamientos y sus palabras de Dios. Lutero empleaba sus tres mejores horas del día en oración...*

ROBERT MURRAY MC CHEYENE

La oración está sumamente relacionada con el éxito de la predicación de la Palabra. Esto expone el apóstol Pablo en su epístola a los Tesalonicenses:

«Por lo demás, hermanos, orad por nosotros, para que la Palabra del Señor corra y sea glorificada, así como lo fue entre vosotros» (2 Ts. 3:1).

Esto es, la oración abre el camino para que la Palabra de Dios corra sin estorbos, y crea la atmósfera favorable para que cumpla su propósito. Se podría decir, por tanto, que la oración pone ruedas bajo la Palabra de Dios, y da alas de ángel al Evangelio para que se predique a todo individuo en cada nación y pueblo.

La parábola del sembrador es un estudio notable de la predicación, mostrando sus diferentes efectos y describiendo la diversidad de oyentes que existen; a saber, la Tierra está sin preparar y, como consecuencia, el diablo quita fácilmente la semilla —que es la Palabra de Dios— y disipa todas las buenas impresiones, haciendo que el trabajo del sembrador sea inútil (lo cual es muy común en nuestros días). Por otro lado, están los oyentes que constituyen «la buena tierra»; éstos aprovechan la buena semilla porque sus mentes han sido preparadas para recibirla y, después de oír la Palabra, ésta pasa a germinar en sus corazones hasta dar fruto en abundancia. Ya lo decía Lucas:

«Mirad, pues, cómo oís» (Lc. 8:18).

Y es que para estar conscientes de cómo oímos, es necesario entregarse continuamente al ejercicio de la oración.

En efecto, los corazones de aquellos que escuchan deben ser preparados mediante la oración. De otro modo, aunque al principio parezca que la Palabra comienza a brotar, luego todo se pierde, sencillamente por falta de oración, vigilancia y cuidado.

Sabemos que el carácter, como la suerte del Evangelio, están confiados al predicador. Él hace o deshace el mensaje de Dios al hombre. En otras palabras, el predicador es el conducto áureo a través del cual fluye el aceite divino. Pero este conducto debe ser, no solo áureo, sino que ha de estar bien abierto y sano para que el aceite pueda tener una corriente plena, ininterrumpida y sin pérdida.

Sin embargo, es importante que reconozcamos que el hombre hace al predicador. Es decir, el mensajero, es, si es posible, más que el mensaje; el predicador, más que el sermón: hace al sermón. Así como la leche del seno materno que da vida no es sino la vida de la madre, así todo lo que el predicador dice está teñido e impregnado por lo que el predicador es. El tesoro está en vasos de barro y el gusto del barro puede im-pregnarlo y decolorarlo. El hombre, el hombre entero, está finalmente detrás del sermón.

La predicación no es la obra de una hora, sino la manifestación de una vida... Se necesitan veinte años para hacer un sermón porque se necesitan veinte años para hacer al hombre. Y el sermón crece, porque el hombre crece. Es poderoso, porque el hombre es poderoso; es santo porque el hombre es santo y está lleno de la unción divina, porque el hombre está lleno de la unción divina.

Pablo lo designó «mi Evangelio», no por una ex-centricidad personal o por una apropiación egoísta, sino porque fue puesta, en su corazón y en su alma una confianza personal que se reflejaba en sus cartas paulinas, inflamadas y potencializadas por la fogosa energía de su alma ardiente. No obstante, los sermones de Pablo, ¿qué fueron? ¿Dónde están? ¡Esbozos, fragmentos dispersos, flotando en el mar de la inspiración! Sin embargo, el hombre, Pablo, más grande que sus sermones, vive para siempre, en forma completa, rasgos y estatura, con su moldeadora mano en la Iglesia. Y es que la predicación no es sino una voz; la voz en el silencio muere, el texto se olvida, el sermón fluye de la memoria, mas el predicador vive...

Asimismo, Pablo apela al carácter personal de los hombres que enraizaron el Evangelio en el mundo; explica el misterio de su éxito: la gloria y

eficiencia del Evangelio están apostadas sobre los hombres que lo proclaman. Así, cuando Dios declara que «los ojos de Jehová contemplan la Tierra, para corroborar a los que tienen corazón perfecto para con Él» (2 Cr. 16:9), declara la necesidad de hombres y su dependencia de ellos, como un canal a través del cual Él despliega su poder en el mundo.

Un eminente historiador dijo que los incidentes del carácter personal influyen más en las revoluciones de las naciones que lo que cualquier historiador, filósofo o político quiera admitir. Esta verdad tiene su aplicación plena en el Evangelio de Cristo, ya que el carácter y la conducta de los seguidores del Maestro de Galilea cristianizaron el mundo, transfiguran las naciones y los individuos; mientras que un sermón no puede dar más vida que la que tiene el hombre que lo produce.

Por ello, los hombres muertos dan sermones muertos, y los sermones muertos matan. Todo depende del carácter espiritual del predicador.

Bajo la dispensación judía, el Sumo Sacerdote tenía escrito con letras enjoyadas en su frontal: «Santidad a Jehová». Igualmente, todo predicador en el ministerio de Cristo debe ser modelado y dirigido por esta misma divisa santa. Pues la vergüenza de ver a un predicador cristiano carente de santidad resulta mayor que si se tratara de un sacerdote hebreo con manos impuras dentro del santuario de Dios.

Jonathan Edwards dijo:

«Yo seguí con mis ardientes deseos de conseguir más santidad y conformidad a Cristo. El Cielo que deseaba era un Cielo de santidad».

Repetimos, el Evangelio de Cristo no se mueve por olas populares; no tiene poder propio para propagarse: se mueve, de la manera que los hombres encargados de él se mueven. Es decir, el predicador debe personificar el Evangelio. El poder constriñente de amor debe ser en el predicador como una fuerza de proyección excéntrica, que todo lo domina y se olvida de sí misma. La negación de sí mismo debe constituir su ser, su corazón, su sangre y sus huesos. Porque es un hombre entre los hombres, vestido de humildad, viviendo en mansedumbre, «prudente como una serpiente, y sencillo como una paloma», con las obligaciones de un siervo y el espíritu de un rey; un rey con porte noble, real e independiente, pero también con la ingenuidad y la dulzura de un niño. Sinceros, heroicos, compasivos, sin temor al martirio, deben ser hombres que se tomen el trabajo de apoderarse y modelar una generación para Dios.



Si, por el contrario, son tímidos contemporizadores, buscadores de honores, si tratan de agradar a los demás, si su fe tiene un débil apoyo en el Padre y en su Palabra, ellos no pueden apoderarse de la Iglesia ni del mundo para Dios.

Los predicadores no son, en definitiva, hacedores de sermones, sino hacedores de hombres, de santos... Y solo estará bien ejercitado para este trabajo quien se haya hecho a sí mismo un hombre y un santo. No son los talentos, ni la erudición lo que Dios requiere de los predicadores, sino que sean hombres grandes en santidad, grandes en fe, en amor y en fidelidad... De ahí que la instrucción de los doce discípulos fuera la grande, difícil y paciente labor de Cristo.

Y he aquí también el orden en el que fueron formados los primeros cristianos: fuertes, militantes, santos, graves, laboriosos, mártires del trabajo. Se aplicaron a su labor de tal manera que impresionaron a su generación y la desbordaron.

Pero el gran secreto para conseguir tan altos ideales es uno y nada más: la oración. Sí, un hombre que predica debe ser un hombre de oración, ya que ésta es el arma más poderosa del predicador; una fuerza omnipotente en sí misma, que da vida a todo...

Esto es, un hombre de Dios no nace, sino que se hace en la cámara secreta de la comunión y de la devoción privada. Su vida y sus profundas convicciones nacen de su comunión secreta con Dios. Igualmente, en la opresión y agonía llorosa de su espíritu ante Dios, sus más importantes y más dulces mensajes fueron adquiridos y hechos en la cámara secreta.

Resumiendo, la oración hace al hombre, la oración hace al predicador, la oración hace al pastor...

## CAPÍTULO 2

# LA CASA DE DIOS

*La Iglesia, determinada a la adquisición del poder temporal, casi ha abandonado sus deberes espirituales. Y su imperio, el cual descansa sobre fundamentos espirituales, se va desmenuzando con su caída, amenazando con pasar de largo como una visión que no tiene sustancia.*

LEA'S INQUISITION

La oración se relaciona con lugares, épocas, ocasiones y con circunstancias. Tiene que ver con Dios y con todo aquello que esté relacionado con Él. Pero también está íntima y especialmente relacionada con su casa: a saber, la Iglesia, un lugar sagrado, apartado para adorar a Dios y predicar su Palabra. Sí, la oración tiene un lugar preponderante en la casa de Dios. Allí, Dios se encuentra con su pueblo y se deleita en la adoración de sus santos. No es, pues, un lugar común...

Nuestro Señor puso un énfasis peculiar sobre lo que es la Iglesia cuando echó a los mercaderes del Templo, repitiendo las palabras de Isaías:

«¿No está escrito: *Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones?* Mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones» (Mr. 11:17).

Así, aquellos que descuidan hoy también la oración y buscan minimizarla, dándole un lugar secundario, pervierten la Iglesia de Dios. Porque la oración pertenece a la casa de Dios, donde tiene sus derechos divinos.

Es más, la vida, el poder y la gloria de la Iglesia es la oración. Ésta hace que el mismo edificio se convierta en un santuario, algo separado en espíritu y propósito, diferente en todo a cualquier otro edificio. Así sucedía con el Tabernáculo, el cual aun siendo movido de sitio en sitio, era santo porque allí moraba la presencia de Dios.

Sin oración, una iglesia viene a ser entonces como un cuerpo sin espíritu, algo muerto e inanimado. Podrá tener un hermoso y costoso edificio, con todos los adelantos y comodidades, pero si en su seno carece de oración, será fría y yerta.

Por consiguiente, puesto que la casa de Dios es una casa de oración, la intención divina es que su pueblo deje sus hogares y vaya a encontrarse con Él en su propia casa. Dios ha hecho promesa especial de encontrarse con su

pueblo allí, y el deber de todo creyente es acudir a la Iglesia para ese fin específico.

De hecho, la oración debería ser la principal atracción para todos los creyentes espirituales. Los demás lugares, aunque no todos pecaminosos o malos, son seculares y humanos, y no tienen una concepción especial de Dios en ellos. Pero la Iglesia es esencialmente espiritual y divina. Lo que se hace en otros lugares es hecho sin especial referencia a Dios, mientras que dentro de la Iglesia, Dios es reconocido, invocado y adorado. La oración es, en definitiva, la marca distintiva de la casa de Dios, el lugar sagrado donde los creyentes fieles se encuentran con su Señor.

La oración debe tomar parte en cada una de las actividades que se llevan a cabo dentro de la Iglesia y de su templo; siendo una de sus importantísimas funciones la de crear y educar gente de oración, hombres y mujeres santos que pasen largo tiempo sobre sus rodillas.

Cualquier iglesia que se llame *casa de Dios* y que no dé a la oración un lugar prominente en sus actividades y que no enseñe las grandes lecciones que la Escritura contiene sobre ella, debería ajustarse inmediatamente al patrón y guía divina o cambiar el Nombre de su edificio.

El hallazgo del Libro de la Ley dado a Moisés supuso algo sin precedentes en la historia de Israel. Cuando fue llevado a Josías, éste rasgó sus vestidos y se afligió en gran manera por el abandono que había existido en su reino con respecto a la Palabra de Dios, cuyo resultado natural había sido irremediablemente la iniquidad que abundaba por toda la Tierra.

Entonces, Josías pensó en Dios, y mandó a Hilcías, el sacerdote, a que fuera e inquiriera acerca de lo hallado. ¡Un abandono tal de la Palabra de Dios era demasiado serio como para ser tratado livianamente! Toda la nación, sin duda, debía mostrar un sincero arrepentimiento. Y éstas fueron las palabras de este fiel rey:

«Andad, consultad a Jehová por mí y por el remanente de Israel y de Judá acerca de las palabras del libro que se ha hallado; porque grande es la ira de Jehová que ha caído sobre nosotros, por cuanto nuestros padres no guardaron la Palabra de Jehová, para hacer conforme a todo lo que está escrito en este libro» (2 Cr. 34:21).

Pero eso no fue todo... Josías promovió un avivamiento dentro de su reinado; de modo que le encontramos reuniendo a todos los ancianos de Jerusalén y a los ancianos de Judá para llevar a cabo tal propósito. Una vez

reunidos, el rey entró en la casa del Señor y leyó las palabras del Libro del Pacto que fue encontrado en la casa del Señor.

Gracias a este rey justo, la Palabra de Dios tomó una importancia relevante. Josías la estimó de tal manera que consultó a Dios en oración sobre su propia Palabra, y se cuidó de instruir a la gente que le rodeaba sobre las maravillas de su contenido.

Asimismo, cuando Esdras volvió de Babilonia y buscaba la restauración de su nación, todo el pueblo se reunió como un solo hombre en la plaza que estaba delante de la *Puerta de las aguas*:

«... Y dijeron a Esdras, el escriba, que trajese el Libro de la Ley de Moisés, el cual Jehová había dado a Israel. Y el sacerdote Esdras trajo la ley delante de la congregación, así de hombres como de mujeres y de todos los que podían entender, el primer día del mes séptimo. Y leyó en el libro delante de la plaza que está delante de la puerta de las Aguas, desde el alba hasta el mediodía, en presencia de hombres y mujeres y de todos los que podían entender; y los oídos de todo el pueblo estaban atentos al Libro de la Ley» (Neh. 8:1-3).

¡Éste fue el gran día de la lectura de la Palabra de Dios en Judá! Un verdadero avivamiento; los líderes leían la ley delante del pueblo, cuyos oídos estaban atentos a lo que Dios tenía que decirles. Pero no solo fue un día de lectura de las Escrituras; fue también un tiempo de predicación de la Palabra, así como lo indica el siguiente pasaje:

«Y leían en el libro de la ley de Dios claramente, y ponían el sentido, de modo que entendiesen la lectura» (Neh. 8:8).

He aquí la definición escritural de la predicación: leer la Palabra de Dios de modo que la gente pueda oír y entender las palabras, no desviándose de su contenido. Ésta es la clase de predicación que necesitamos hoy día, una predicación clara y expositiva, para que la Palabra de Dios pueda tener efecto en los corazones.

Es cierto que la predicación tónica, polémica, histórica y otras formas de sermones tienen sus usos en determinados momentos. Pero la predicación expositiva, aquella que nos da a entender claramente el contenido de la Palabra de Dios, es la número uno por excelencia.

Sin embargo, para lograr un fin exitoso, el predicador necesita ser un hombre de oración. Por cada hora que pase estudiando su mensaje, deberá estar dos horas de rodillas en oración. Por cada hora que dedique a un

pasaje oscuro de la Escritura, habrá de estar dos a solas con su Señor. Y es que la oración y la predicación no pueden permanecer separadas...

Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com

## CAPÍTULO 3

# LA PREDICACIÓN DE LA LETRA VERSUS LA PREDICACIÓN CRUCIFICADA

*No creo que mis anhelos de avivamiento fueran ni la mitad de fuertes de lo que deberían haber sido; y tampoco puedo entender que un pastor evite el estar en un continuo contacto ardiente con el Maestro y haciendo, de este modo, tanto daño a la Iglesia...*

EDWARD PAYSON

Las más dulces gracias, por una ligera perversión, pueden llevar muy amargo fruto. El sol da vida, pero las insolaciones son mortales. Esto es, la predicación es para dar vida, pero puede matar. Y el predicador tiene las llaves; él puede cerrar tan bien como abrir. Porque la predicación es la gran institución de Dios para la plantación y maduración de la vida espiritual. Cuando es correctamente ejecutada, sus beneficios son indecibles; pero cuando no, ningún mal puede excederle en sus resultados dañinos. Es un asunto fácil destruir el rebaño, si el pastor es imprevisor o el pasto es destruido; fácil capturar la ciudadela si el centinela se duerme o el alimento y el agua son envenenados...

Investido con tan favorables prerrogativas, expuesto a tan grandes males, implicando tan graves y múltiples responsabilidades, sería entonces una parodia en la astucia del diablo y un libelo en su carácter y reputación, si él no pusiera por obra sus principales influencias para adulterar al predicador y su predicación. En presencia de todo esto, la pregunta exclamatoria de Pablo es:

«Y para todo esto, ¿quién es suficiente?» (2 Co. 2:16).

Luego añade:

«Nuestra suficiencia es de Dios; el cual así mismo nos hizo ministros suficientes de un nuevo pacto; no de la letra, mas del Espíritu; porque la letra mata, mas el espíritu vivifica» (2 Co. 3:4-6).

Así, el verdadero ministerio es influenciado, capacitado y hecho por Dios. Y es que el Espíritu de Dios es en el predicador un poder de unción; el fruto del Espíritu está en su corazón. Su predicación da vida, como la primavera

da vida, como la resurrección da vida; ardiente como el verano y fructífera, como el otoño...

Esta clase de predicador que da vida es un hombre de Dios, cuya alma siempre está siguiendo diligentemente los requerimientos divinos; y en quien, por el poder del Espíritu de Dios, la carne y el mundo han sido crucificados, y su ministerio es semejante al generoso flujo de un río caudaloso.

Por el contrario, la predicación que mata es una predicación no espiritual. Fuentes inferiores que no son de Dios le han dado energía y estímulo. Tampoco el Espíritu es evidente en el predicador ni en su predicación. Muchas clases de fuerzas pueden ser proyectadas y estimuladas por la predicación que mata, pero éstas no son espirituales: son fuerzas fingidas y magnetizadas.

Esta predicación que mata pertenece a la letra; puede ser bella y metódica; pero aun es la letra, la árida, dura letra, cáscara desnuda, vacía. La letra puede tener el germen de la vida en ella, pero no tiene el aliento suficiente para evocarla. Es cimiento de invierno, tan duro como el terreno de invierno; tan helada como el aire de invierno: no hay deshielo ni germinación para ella.

Puede incluso contener la verdad dentro de ella. Pero es una verdad no vivificada por el Espíritu de Dios, que amortece tanto o más que el error; aunque se trate de la auténtica verdad sin mezcla, sin el Espíritu, su sombra e influencia son mortales: su verdad, error, y su luz, tinieblas...

La predicación que mata es a menudo ortodoxa y dogmática. ¡Pues amamos la ortodoxia! Es el recto y claro corte de enseñanza de la Palabra de Dios; los trofeos obtenidos por la verdad en su conflicto con el error, los diques que la fe ha levantado contra la honrada o descuidada inundación desoladora de creencias falsas o incredulidad. Pero la ortodoxia, clara y dura como el cristal, suspicaz y militante, no puede ser sino la letra bien arreglada, bien nombrada y bien aprendida: la letra que mata. Nada es tan mortal como una ortodoxia muerta, demasiado muerta para especular, demasiado muerta para pensar, para estudiar o para orar.

La predicación que mata puede tener conocimiento y alcance de principios, puede ser estudiada y crítica en gusto; iluminada por pensamientos filosóficos y trascendentales, examinada eruditamente como

un abogado que estudia sus libros de texto para formar sumario o para defender su caso. Y sin embargo, ser semejante al hielo homicida.

La predicación de la letra puede ser elocuente, esmaltada con la poesía y la retórica, rociada con oración sazonada con la sensación y, no obstante, parecerse a las hermosas flores que cubren el féretro de un cadáver. Bajo tal predicación, ¡cuán amplia y total es la desolación! ¡Cuán profunda la muerte espiritual!

Esta predicación de la letra tiene que ver con la superficie y sombra de las cosas, y no con las cosas mismas. No penetra en la parte interior. No tiene profundo conocimiento interno, ni fuerte alcance de la vida escondida en la Palabra de Dios. Es verdad en apariencia, pero la apariencia es la cáscara, cáscara que tiene que ser rota y traspasada para obtener la almendra. Es una predicación sin unción, no sazonada ni oleada por el Espíritu. Tal vez produzca lágrimas, pero serán lágrimas volátiles, como viento de verano sobre una montaña de nieve... Quizás, cause sensación y ardor, pero será la emoción de un actor dramático.

Habría que preguntarse, entonces, de quién es la culpa de todo esto... ¡Desde luego, no es de Dios! ¡La culpa está en el hombre! Más aún, ¡en el predicador! Éste ha estado demasiado ocupando con su sermón, que no ha oído la canción de los serafines, ni ha visto la visión de gloria, ni sentido el ímpetu de aquella sublime santidad, después de un absoluto abandono y desesperación, bajo la sensación de debilidad y de culpa; purgado e inflamado por el carbón ardiendo del altar de Dios.

El predicador puede sentir desde el entusiasmo de su propio ardor pasajero, puede ser elocuente sobre su propia exégesis, ardiente en dar el producto de su cerebro; pero el brillo y centelleo serán tan estériles de vida como un campo sembrado de perlas... En alguna parte, del todo inconsciente en sí mismo, algún don conductor espiritual ha atacado su ser interior y la corriente divina ha sido detenida, porque nunca ha sentido su completa bancarrota espiritual, su total impotencia; nunca ha aprendido a clamar con clamor inefable de desesperación, hasta que el poder de Dios y el fuego santo hayan descendido sobre él. La propia estima, perniciosa, ha difamado y violado el templo que debería haber sido mantenido sagrado para Dios.

Su ministerio puede atraer el pueblo hacia él, a la Iglesia, a la forma y ceremonia; pero en verdad no atrae hacia Dios y no induce a la dulce, santa



y divina comunión. Como consecuencia, la Iglesia ha sido refrescada, pero no edificada; agradada, pero no santificada. La vida es suprimida, hay un frío en el aire de verano; el estiércol es horneado. Finalmente, la ciudad de nuestro Dios viene a ser la ciudad de la muerte; la Iglesia, un cementerio, no un ejército en batalla.

En efecto, el elemento del proceso de muerte está detrás de las palabras, detrás del sermón, detrás de la ocasión, detrás del ademán, detrás de la acción. Y es que la predicación crucificada solamente puede venir de un hombre crucificado.

Un dato más: la predicación que mata es, sobre todo, predicación sin oración; mejor dicho, es oración «profesional», que mata. Largas, discursivas, secas y vacías suelen ser este tipo de oraciones en muchos púlpitos. Sin unción o corazón, ellas caen como un hielo mortal sobre todas las gracias de adoración. Son oraciones que imparten muerte. Todo vestigio de devoción ha perecido bajo su aliento. Cuanto más muertas son, más largas se hacen.

Una súplica por la oración corta, viva, verdadera, nacida del corazón, oración por el Espíritu Santo directa, específica, ardiente, simple, untuosa en el púlpito es, pues, el único antídoto contra la oración que mata. Y se necesita una escuela para enseñar a los predicadores cómo orar, más que todas las escuelas teológicas juntas...

¡Alto! ¡Detengámonos, y reflexionemos! ¿Dónde estamos? ¿Qué estamos haciendo? ¿Predicando para matar? ¿Orando para matar? ¿Acaso no deberíamos descartar para siempre la maldita predicación que mata y la oración que mata, y hacerla una cosa real, la cosa más poderosa donada del Cielo a la Tierra, y traer los abiertos e inagotables tesoros de Dios para las necesidades y mendicidades del hombre?

### LA CLAVE DEL ÉXITO DEL VERDADERO PREDICADOR

*Permitásenos mirar a menudo a Brainerd en los bosques de América, vertiendo toda su alma delante de Dios por los paganos perdidos, sin cuya salvación nada podría hacerle feliz. Oración secreta, ferviente, oración creyente, ésta es la raíz de toda piedad personal. Un conocimiento com-petente del idioma donde un misionero vive, un temperamento suave y persuasivo, un corazón que se da a Dios en comunión secreta, éstos son los méritos que, más que todo conocimiento, o todo otro don, nos prepararán para llegar a ser los ins-trumentos de Dios en la gran obra de la redención humana.*

HERMANDAD DE CAREY, SERAMPORE

Hay dos tendencias extremas en el ministerio: una es encerrarse en sí mismo, fuera de toda comunicación con el pueblo, tal como hicieron los monjes y los ermitaños de antaño, los cuales se encerraron alejándose de los hombres para estar más cerca de Dios (creían ellos). Pero, naturalmente, fracasaron. Porque nuestra comunión con Dios sólo es de utilidad cuando podemos emplear sus inapreciables beneficios en bien de los demás.

Nosotros, también, muchas veces nos encerramos en nuestro estudio, junto a la polilla de los libros, incluso de la Biblia, y nos convertimos en «hacedores de sermones»; notables en literatura y en pensamientos y, sin embargo, descuidando lo más importante: nuestra comunión con Dios por medio de la oración, inclusive, la oración intercesora por nuestro prójimo y vecino.

Los predicadores que son grandes pensadores y grandes estudiantes debieran, sobre todo, ser los más grandes hombres de oración, o si no serán los más grandes apóstatas, profesionales sin corazón, racionalistas, menor que el último de todos los predicadores en la estima de Dios.

La otra tendencia es la de popularizar enteramente el ministerio. Esto está muy bien, pues nos ayuda a conectar con nuestros hermanos y a no vivir aislados; pero existe el peligro de dejar de ser hombres de oración, absorbidos por el mecanismo de las actividades de la Iglesia. El desastre y la ruina de semejante ministerio no pueden, empero, computarse por la

aritmética terrenal: según lo que el predicador es en oración delante de Dios, por sí mismo, por su pueblo, así es su poder por el bien real de los hombres, su verdadera fructificación, su verdadera fidelidad hacia Dios y hacia el prójimo. Y es que es imposible, para el predicador, guardar su espíritu en armonía con la naturaleza divina de su elevado llamamiento sin mucha oración.

Además, eso de que el predicador, por la fuerza del deber y fidelidad laboriosa hacia la obra y rutina del ministerio, puede conservarse en buen estado de idoneidad es un serio error. Aun el hacer sermones incesantes como un arte, o como un deber, o como un placer, endurecerá e indispondrá el corazón, por negligencia en la oración. Igual que el positivista pierde a Dios en su observación empírica de la naturaleza, el predicador pierde a Dios en su sermón.

Únicamente la oración puede refrescar el corazón del predicador, guardándolo en armonía con Dios y en simpatía con el pueblo; levantando su ministerio fuera del frío aire de una profesión y fructificándolo y haciéndolo rodar con la facilidad y el poder de una unción divina.

Spurgeon dijo:

«Enteramente, el predicador es, sobre todos los demás, distinguido como un hombre de oración. Él ora no como un cristiano ordinario: él ora más que un cristiano ordinario; de otro modo sería descalificado para el oficio que ha emprendido. Si vosotros, como ministros, no sois llenos de oración, debéis ser compadecidos. Si llegáis a ser flojos en la devoción sagrada, no solo vosotros necesitaréis compasión, sino también vuestra congregación. Y el día viene, en el cual seréis avergonzados y confundidos. Todas nuestras bibliotecas y estudios son mera vacuidad comparadas con nuestras cámaras secretas de oración. Nuestros tiempos de ayuno y oración en el Tabernáculo han sido, verdaderamente, días grandes. Nunca, las puertas del Cielo habían sido mantenidas más abiertas; nuestro corazón, nunca se ha sentido más cerca de la Gloria celestial».

El ministerio de la plena oración no es como la levadura al pan, para dar un sabor agradable, sino que la oración debe ser el cuerpo, y formar la sangre y los huesos de nuestro ser. No es un deber pequeño, puesto en un rincón; ni una ejecución fragmentaria hecha de los fragmentos de tiempo que han sido arrebatados a los negocios y otros empeños de la vida... Sino que significa que lo mejor de nuestro tiempo, el corazón de nuestro tiempo

y fuerza deben ser dados a Dios por medio de la oración fervorosa. No quiere decir que la comunión secreta quede absorbida en el estudio o abismada en las actividades de los deberes ministeriales; sino que la comunión secreta primero, el estudio y actividades después, ambos deben ser refrescados y hechos eficientes por la comunión secreta.

La oración no es el pequeño atavío prendido sobre nosotros, mientras estuvimos atados a las faldas de nuestra madre; ni una acción de gracias de un cuarto de minuto hecha sobre una comida de una hora: emplea más tiempo y apetito que nuestras más grandes comilonas o más ricas fiestas.

Debe penetrar tan fuertemente en el corazón y vida como penetró en «las lágrimas y clamor» de Cristo (véase He. 5:7); debe desarrollar el alma en una agonía de deseo como lo hizo con Pablo y ser un fuego como la oración ferviente y efectiva de Santiago; aquella cualidad que, cuando la ponemos en el incensario de oro delante de Dios, obra poderosas angustias y revoluciones espirituales.

Por tanto, a la oración que hace mucho en nuestra predicación debe darse mucha importancia. Pues el carácter de nuestra oración determinará el carácter de nuestra predicación. Esto es, oración ligera hará predicación ligera; mientras que una oración fuerte hará fuerte la predicación.

El predicador debe ser preeminentemente un hombre de oración; su corazón tiene que graduarse en la escuela de oración. En todo ministerio importante para el bien, la oración ha sido siempre una ocupación seria. Ninguna erudición puede suplir la falta de oración. Ningún celo, ni diligencia, ni estudio, ni dones, suplirán su necesidad...

Hablar a los hombres acerca de Dios es una gran cosa, pero hablar a Dios acerca de los hombres es aún más grande. Nunca hablará bien y con éxito verdadero a los hombres sobre Dios quien no haya aprendido bien a hablar a Dios acerca de los hombres.

## CAPÍTULO 5

# LA CLAVE DEL ÉXITO DEL VERDADERO PREDICADOR (CONTINUACIÓN)

*Si algún ministro puede estar satisfecho sin conversiones, no tendrá ninguna conversión.*

C. H. SPURGEON

La oración, en la vida del predicador, en el estudio del predicador, en el púlpito del predicador, debe ser una fuerza conspicua y fecunda, y un ingrediente del todo impregnante. No debe jugar un papel secundario, ni ser mero barniz, pues al predicador le es dado estar con su Señor toda la noche en oración (Lc. 6:12). O sea, para entrenarse en la negación de sí mismo en oración, se le encarga mirar a su Maestro, que «levantándose muy temprano, salió y se apartó a un lugar solitario, y allí oró» (Mr. 1:35).

El estudio del predicador ha de ser en una cámara secreta, en un Bethel. ¡Que cada pensamiento pueda ascender hacia el Cielo antes de ser transmitido a los hombres! ¡Que cada parte del sermón pueda ser perfumada por el aire del Cielo y hecha seria, porque Dios estuvo en el estudio!

Igual que un motor no se mueve hasta que el fuego está encendido, así la predicación, con toda su maquinaria, perfección y pulimento, está completamente paralizada en cuanto a resultados espirituales se refiere, hasta que la oración ha prendido y creado el vapor. Y es que la textura, delicadeza y fortaleza del sermón suele ser a menudo mucho escombros, a menos que el impulso poderoso de la oración esté en él.

El predicador debe, pues, poner a Dios en el sermón; mover a Dios hacia el pueblo, antes de que él pueda mover el pueblo hacia Dios por medio de sus palabras. Dicho de otra manera, es menester que el predicador haya tenido audiencia y constante acceso a Dios, antes de que pueda tener acceso al pueblo.

Es necesario repetir y reiterar, que la oración, como un mero hábito, como un cumplimiento llevado a cabo por mera rutina o de una manera «profesional» es una cosa muerta y podrida. Tal oración, no tiene conexión con la oración por la que abogamos, aquella que empeña y coloca sobre el fuego cada elemento elevado del ser del predicador; oración que es nacida

de una vital unidad con Cristo y de la plenitud del Espíritu Santo: la que brota de lo profundo, sobreabundando en fuentes de tierna compasión, solicitud inmortal por el bien eterno del hombre... Un celo consumidor por la gloria de Dios; una entera convicción de la dificultad y delicadeza de la obra del predicador y de la necesidad imperativa de la más poderosa ayuda de Dios. La oración fundada en estas solemnes y profundas convicciones es la única oración verdadera. La predicación respaldada por semejante oración es la única predicación que siembra la simiente de la vida eterna en los corazones humanos y edifica a los hombres para el Cielo.

Cierto que puede haber predicación popular, predicación agradable, y atractiva, predicación muy intelectual, literaria y fuerte de entendimiento, con su medida y forma de lo bueno. Pero la predicación que asegura el propósito de Dios debe ser nacida de la oración desde el texto hasta el exordio, hecha germinar y guardada como fuerza vital en los corazones de los oyentes por las oraciones del predicador, mucho después de que la ocasión haya pasado. Hay innumerables predicadores que pueden exponer excelentes sermones según su orden; pero sus efectos son de corta vida y no entran como un factor, para nada, en las regiones del espíritu, donde la terrible guerra entre Dios y Satán, el Cielo y el infierno, está empeñándose.

Podemos excusar la pobreza espiritual de nuestra predicación de muchas maneras, pero el verdadero problema se encontrará en la falta de urgente oración en presencia de Dios y en el poder del Espíritu Santo.

Los predicadores que ganan grandes resultados para Dios son los que han prevalecido en sus plegarias con Dios, antes de aventurarse en sus súplicas con los hombres; siendo intensos en su cámara secreta con Dios, son los más poderosos en los púlpitos.

Los predicadores son personas humanas y están expuestos a ser —a menudo son— cogidos por los impulsos de las fuertes corrientes humanas. La naturaleza humana desea navegar hacia el Cielo bajo el impulso de una brisa favorable, en un mar pleno y calmado. En cambio, la oración es obra espiritual, y la naturaleza humana no admite tan ardua obra espiritual. Es una obra humillante; abate el intelecto y el orgullo, crucifica la vanagloria y señala nuestra bancarrota espiritual, y todo esto es, para la carne, duro de soportar. Es más fácil no orar, entonces, que soportar semejante humillación. Y así es cómo llegamos a uno de los clamorosos males de estos tiempos: la ausencia de oración o la poca oración; y quizás esto último

sea peor que no orar... Porque orar poco es fingir, un salvo conducto para la conciencia y, lo que es peor, una farsa y un engaño para nosotros mismos.

La poca estima que ponemos en la oración es evidente por el poco tiempo que damos a ella: apenas se cuenta en el conjunto de las cosas del día, a última hora antes de irnos a dormir y ya con el pijama puesto.

¡Cuán débil, vana y pequeña es esta clase de oración, en comparación con el tiempo y energía que dedicaban a la oración los santos hombres de la Biblia! ¡Cuán pobre y mezquina es nuestra pequeña y pueril oración al lado de los hábitos de los verdaderos hombres de Dios en todas las edades! A los tales, la Providencia entregó las llaves de su Reino, y por medio de ellos obró sus maravillas espirituales en este mundo. Gran oración es signo y sello de grandes caudillos del Señor, y el ardor de las fuerzas conquistadoras con las que Dios coronó sus labores.

Y es que Dios no interviene en la obra del predicador como por casualidad o principios generales, sino que viene por la oración y la urgente necesidad especial.

La comisión dada a los apóstoles para predicar fue una hoja en blanco hasta que fue llenada en el Pentecostés gracias a la oración perseverante.

Los resultados superficiales de muchos ministerios, la debilidad de otros, se encuentran en la carencia de oración. Ningún ministerio puede salir bien sin mucha oración, y esta oración debe ser fundamental, siempre permanente, siempre creciente. De hecho, el texto, el sermón, deben ser el resultado de la oración. Esto es, el estudio debe ser bañado en oración, todos los deberes impregnados de oración y su espíritu entero, el espíritu de oración. «Estoy penoso, porque he orado tan poco», ésta fue en su lecho de muerte la pesadumbre llena de tristeza y remordimiento de un escogido de Dios. «Yo deseo una vida de más verdadera oración», dijo el arzobispo Tait de Canterbury antes de morir. ¡Así podamos decir todos lo mismo y esto podamos todos asegurar!

Los verdaderos predicadores de Dios se han distinguido siempre por una cualidad: fueron hombres de oración. Difiriendo a menudo en muchas cosas, tuvieron, sin embargo, un centro común. Pueden haber partido de diferentes puntos y por diferentes caminos, pero convergieron en un punto: la oración. Dios era para ellos el centro de atracción y la oración fue el camino que los condujo al Padre. Estos hombres oraron, no de vez en cuando, no un poco a tiempos regulares o desocupados, sino de tal manera

que sus oraciones entraron y formaron su carácter. Oraron de modo que influenciaron sus propias vidas y las vidas de otros; oraron de tal forma que crearon la historia de la Iglesia y modificaron la corriente de los tiempos. Emplearon mucho tiempo en la oración, no porque marcaron la sombra en el cuadrante solar o las manecillas del reloj, sino porque para ellos era tan importante y atractiva que casi no podían abandonarla.

Sí, la oración fue para ellos lo que fuera para Pablo, una contienda con ardiente esfuerzo del alma; o lo que fuera para Jacob, una lucha y un dominio.

Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com



## CAPÍTULO 6

# HOMBRES DE ORACIÓN

*Los grandes maestros y profesores de doctrina cristiana han encontrado siempre en la oración su más elevado manantial de iluminación. Para no irnos más allá de los límites de la Iglesia Inglesa, recordemos al obispo Andrews, que empleó diariamente cinco horas sobre sus rodillas. Y es que los más grandes resultados prácticos que han enriquecido y hermoñado la vida humana, en los tiempos cristianos, han sido alcanzados por la oración...*

CANON LIDDON

Si bien las oraciones públicas deben ser breves y fervorosas, sin embargo, en nuestra comunión privada con Dios, el tiempo es un factor esencial a su valor. Esto es, mucho tiempo empleado con Dios es el secreto de toda oración de éxito.

Es más, nuestras oraciones cortas deben su agudeza y eficacia a las grandes oraciones que las han pre-cedido. Las oraciones cortas prevalecientes no pueden ser hechas por uno que no ha prevalecido con Dios en una poderosa lucha de larga continuidad. La victoria de fe de Jacob no hubiera podido ser ganada sin la lucha de toda la noche. Porque el conocimiento de Dios no puede hacerse por llamadas repentinas. Dios no confiere sus dones a hombres que vienen y van casual y apresuradamente.

Cristo, quien en esto también, como en otras cosas, es nuestro ejemplo, empleó muchas noches enteras en oración.

He aquí, igualmente, una lista de hombres ejem-plares que hicieron de la oración la clave de su éxito ministerial...

El conocido Charles Simeon, por ejemplo, tenía la costumbre de hacer oración desde las cuatro hasta las ocho de la mañana.

También, el señor Wesley empleó dos horas diarias en oración. De él se dice que consideró que la oración debía ser su ocupación más que otra cualquier cosa y que, en más de una ocasión, los que le vieron salir de su cámara secreta, afirmaron reconocer «una serenidad de cara próxima al resplandor».

Asimismo, John Fletcher Hurts manchó los muros de su cuarto con el aliento de sus oraciones:

«Yo no podría levantarme... *–dijo–* sin elevar mi corazón hacia Dios». Y solía preguntar a cierto amigo suyo:

«¿Le encuentro orando?».

El arzobispo Leighton, permanecía tanto a solas con Dios que parecía estar en perpetua meditación. «Oración y alabanzas fueron sus ocupaciones y su placer», dice su biógrafo.

El obispo Ken estaba tanto con Dios, que se dijo de él que su alma estaba enamorada del Señor; estaba con Él antes de que el reloj diera las tres de la mañana.

Y el obispo Asbury expresó lo siguiente:

«Yo me propongo levantarme a las cuatro, tan a menudo como pueda, y emplear dos horas en oración y meditación».

Samuel Rutherford, la fragancia de cuya piedad es aún rica, se levantaba a las tres de la mañana para encontrarse con Dios en oración. En cuanto a Joseph Alleine, se levantaba a las cuatro de la mañana para ocuparse en oración hasta las ocho. Si se enteraba de que había hombres de negocios que ya se ocupaban de sus asuntos antes de que él estuviera levantado, exclamaba:

«¡Oh, cuánto me avergüenza esto! ¿No merecen los negocios de mi Maestro más que los suyos?».

Éste era igualmente el plan de oración de Robert McCheyne, uno de los más santos y entre los más dotados de los predicadores de Escocia:

«Yo necesito emplear las mejores horas en comunión con Dios. Es mi más noble y fructífero empleo, y no debe ser arrojado en un rincón. Las horas de la mañana, de las seis a las ocho, son las más ininterrumpidas, y deben ser así empleadas. Después del té es mi mejor hora, y aquella debe ser solemnemente dedicada a Dios. No debo tampoco suspender el bueno y viejo hábito de la oración antes de ir a la cama; sino que debe protegerme para guardarme contra el sueño. Cuando me despierto en la noche debo levantarme a orar. También, un poco de tiempo después del desayuno, puede dedicarse a la intercesión».

Edward Payson dejó en las duras maderas las huellas donde sus rodillas presionaron tan a menudo y por tanto tiempo... «Su continua instancia en oración, fueran cuales fueran las circunstancias, es el hecho más notable de

su historia y señala el deber de todos los que quieren esforzarse en alcanzar su eminencia. A sus ardientes y perseverantes oraciones se debe, sin duda, atribuir en una gran medida sus distinguidos y casi ininterrumpidos éxitos».

Se cuenta igualmente la anécdota del Marqués De Renty, para quien Cristo fue muy precioso. Éste ordenó a su sirviente llamarle de sus devociones después de media hora; pero cuando aquel, a la hora indicada, vio a través de una abertura que la cara de su amo estaba marcada con tal santidad, no quiso llamarlo. Los labios del marqués estaban moviéndose, pero él estaba en completo silencio. Así que el sirviente esperó durante una hora y media; entonces, le llamó, y su amo le respondió que la «media hora» le había parecido muy corta...

William Bramwell es famoso en los anales del Metodismo tanto por su santidad personal como por sus éxitos maravillosos en la predicación. Pero, sobre todo, por las maravillosas respuestas a sus oraciones Oraba muchas horas seguidas. ¡Casi vivía sobre sus rodillas!

Lo mismo ocurrió con Dr. Adoniram Judson Gordon, impresionante misionero en Birmania, que escribió este provechoso consejo:

«Dispón tus asuntos, si es posible, de tal modo que puedas cómodamente dedicar dos o tres horas cada día, no meramente a los ejercicios devocionales, sino al verdadero acto de la oración secreta y de la comunión con Dios. Esfuérzate siete veces al día en retirarte de los negocios y compañías y eleva tu alma a Dios en retiro privado. Comienza el día levantándote después de media noche, para dedicar algo de tiempo entre el silencio y la oscuridad de la noche a esta obra sagrada. Procura también que la primera hora del día te encuentre en la misma obra. Y que las nueve, doce, tres, seis y nueve de la noche testifiquen lo mismo. Sé resuelto en su causa. Haz todos los sacrificios practicables para mantenerla. Considera que tu tiempo es corto, y no permitas que los negocios y las compañías te roben el tiempo que le debes a tu Dios».

Y es que ningún hombre puede hacer una obra grande y duradera para Dios, si no es un hombre de oración; y ninguna persona puede ser una persona de oración si no dedica mucho tiempo a ella.

¿Acaso es verdad que la oración es, como se presume, poco menos que el juego semipasivo de los sentimientos que fluyen lánguidamente a través de los minutos y horas de un fácil delirio?

Terminaremos con este párrafo de Canon Liddon:

«Dejemos que los que realmente han orado den la respuesta. Algunos describen la oración como una lucha con el Poder Invisible que puede durar, no pocas veces, toda una vida ardiente, hasta las horas de la noche, o aún hasta rayar el día. Otros hablan de la intercesión ordinaria y concertada equivalente a la de Pablo, la cual también supuso una lucha. Cuando oran, éstos tienen sus ojos fijos en el Gran Intercesor, en el Getsemaní y en aquellas gotas de sangre que cayeron al suelo en aquella agonía de resignación y sacrificio. Importunidad es además la esencia de la oración de éxito; lo cual no significa reflexión, sino obra sostenida. Finalmente, es por medio de la oración, especialmente, que el Reino de los Cielos sufre violencia y los fuertes lo toman por fuerza».

Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com

## CAPÍTULO 7

### LA ORACIÓN MATUTINA

*Debo orar antes de que haya visto a alguien. A menudo, cuando duermo mucho, o me reúno con otros temprano, es a las once o doce que comienzo mi oración secreta. Éste es un perverso sistema, contrario a las Sagradas Escrituras; pues Cristo se levantaba antes de que amaneciera y se iba a un lugar solitario. David dijo: «De mañana me presentaré a ti. De mañana oirás mi voz». La oración familiar pierde mucho de su poder y dulzura, y yo no puedo hacer bien a los que vienen a buscarlo de mí. La conciencia se siente culpable, el alma sin alimento y la lámpara no está arre-glada. Entonces, cuando estoy en oración secreta, el alma, a menudo, está fuera de tono. Por ello, siento que es mucho mejor comenzar el día con Dios, ver su faz primero, dejar a mi alma acer-cársele, antes de acercarse a otro...*

ROBERT MURRAY MC CHEYNE

Hemos visto cómo los hombres que han hecho más para Dios en este mundo estuvieron muy temprano sobre sus rodillas. Pues es cierto que quien desperdicia la oportunidad y frescura de las primeras horas de la mañana en otras ocupaciones, que en buscar a Dios hará poco progreso buscándole el resto del día... Si Dios no es lo primero en nuestros pensamientos mañaneros, estará en el último lugar durante el día.

Y es que detrás de este levantarse temprano y orar temprano está el deseo ardiente que nos presiona en el empeño de seguir a Dios. La negligencia matinal es, pues, la prueba palpable de un corazón negligente. El corazón que es descuidado en buscar a Dios en la mañana ha perdido su gusto por todo lo sublime y espiritual. Un deseo en la búsqueda de Dios que no pueda romper las cadenas del sueño es una cosa débil y no hará sino poco bien en relación a Dios, después de haberse gratificado a sí mismo plenamente. Este anhelo por lo divino que hemos dejado atrás al principio del día, por culpa del diablo y del mundo, nunca recuperará su lugar.

En cambio, el corazón de David era ardiente en seguir a Dios; tenía hambre y sed de Dios y, por eso, buscaba al Padre temprano, antes de que

amaneciera. El hecho y el sueño no podían encadenar su alma y su vehemencia de seguir a Dios.

Y Cristo, nuestro máximo ejemplo, ansiaba la comunión con Dios; y así, se levantó mucho antes de que amaneciera, e iba a la montaña a orar. De hecho, los discípulos, cuando estaban completamente despiertos y avergonzados de su abandono, sabían dónde podían encontrarle.

Pero no es simplemente el levantarse temprano lo que coloca a los hombres en el frente y los hace capitanes, generales de las huestes de Dios, sino el ardiente anhelo que remueve y rompe todas las cadenas de indulgencia con el yo. Empero el levantarse, sin duda, da expresión, incremento y fortaleza al anhelo. Esto es, si ellos se hubieran estado en la cama siendo indulgentes consigo mismos, el anhelo habría sido apagado. Sin embargo, el anhelo les levantó y les esforzó en seguir a Dios. Y este cuidado y acción sobre el llamamiento dio a su fe apoyo en Dios, a sus corazones la dulcísima y plena revelación del Padre. A su vez, esta fortaleza de fe y plenitud de revelación les hizo santos por eminencia y este halo de su santidad ha llegado hasta nosotros, quienes hemos entrado en el goce de sus conquistas.

Tomemos, no obstante, nuestra plenitud en gozo y no en producciones; es decir, nosotros construimos sus tumbas y escribimos sus epitafios, pero nos descuidamos de seguir su ejemplo.

Necesitamos una generación de predicadores que busque a Dios, para que Él pueda ser como el rocío para ellos, plenitud de alegría y fortaleza, a través de todo el calor y el trabajo del día.

Nuestra pereza en seguir a Dios es, en definitiva, nuestro clamoroso pecado. Los hijos de este mundo son más sabios que nosotros, pues al menos ellos están sobre sus asuntos temprano y tarde. Mientras que nosotros no buscamos a Dios con ardor y diligencia. Finalmente, ningún hombre alcanza a Dios si no sigue aprisa tras Él, y ninguna alma sigue aprisa a Dios si no le sigue desde muy de mañana...

## CAPÍTULO 8

# EL PREDICADOR DEVOTO

*Hay una necesidad manifiesta de influencia espiritual en el ministerio de la época presente. Lo siento en mi propio caso y lo veo en el caso de otros. Pero temo que hay entre nosotros demasiado temperamento de mente bajo, administrativo, maquinador y calculador. Estamos esforzándonos más de lo conveniente para complacer los gustos de los hombres y los prejuicios de otros. Sin embargo, el ministerio es el gran y santo asunto, que debe encontrar en nosotros un sencillo hábito de espíritu y una santa pero humilde indiferencia a todas las consecuencias. El defecto principal en el ministerio cristiano es, pues, la necesidad de un hábito devocional.*

RICHARD CECIL

Nunca como hoy hubo mayor necesidad de hombres y mujeres santos; y más imperativo aún es el llamado a que hayan predicadores santos y dedicados a Dios. Pues el mundo se mueve con saltos gigantescos. Satán tiene sobre él su garra y mando para hacer que todos sus movimientos se subordinen a sus fines. La religión debe, por tanto, hacer su mejor obra: presentar sus más atractivos y perfectos modelos. En otras palabras, por todos los medios, la santidad moderna debe ser inspirada por más elevados ideales y por las más grandes posibilidades del espíritu.

Pablo vivió sobre sus rodillas para que la iglesia de Efeso pudiese medir la elevada, vívida, profunda e inmensurable santidad, y ser «llenos de toda la plenitud de Dios» (Ef. 3:19).

Epafras también se abatió a sí mismo con el agotador trabajo e intrépido conflicto de la oración ferviente, hasta que los hermanos de la iglesia de Colosas pudiesen «estar firmes, perfectos, y cumplidos en todo lo que Dios quiere» (Col. 4:12).

Sí, dondequiera, en los tiempos apostólicos, todos se esforzaron para que el pueblo de Dios llegara «a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, y fueran todos varones perfectos a la medida de la edad de la plenitud de Cristo» (Ef. 4:13). Ningún premio fue dado a los enanos; ningún estímulo, para una senil infancia. Los bebés debían crecer; los

viejos, en vez de la debilidad y enfermedad, debían llevar frutos en su edad avanzada y ser engordados y fortalecidos. Y es que la cosa más divina de la religión es hacer hombres y mujeres santos.

Ni aumento de dinero, ni genio, ni cultura pueden mover las cosas hacia Dios. Únicamente la santidad vigoriza el alma, el corazón arde en amor, con un deseo de más fe, más oración, más celo y más consagración: éste es el secreto del poder. Y esto es lo que necesitamos y debemos tener. Los hombres han de ser la encarnación de una plena y ardiente devoción para Dios.

De hecho, el avance de la Providencia ha sido detenido, su causa estropeada, su Nombre deshonrado precisamente por falta de esto. El genio (aun el más elevado y dotado), la educación (aun la más erudita y refinada), la posición, la dignidad, los nombres honorables, los poderes eclesiásticos, todo ello no puede mover esta carroza de nuestro Dios.

Porque la oración es el creador a la vez que el canal de la devoción. Es decir, el espíritu de devoción es el espíritu de oración: la oración y la devoción están tan unidas como el alma y el cuerpo. Así, no hay oración verdadera sin devoción, ni devoción sin oración.

El predicador, por consiguiente, debe estar rendido a Dios en la más sagrada devoción. Él no es un hombre profesional, su ministerio no es una profesión: es una institución divina, una devoción divina. Está dedicado a Dios, su blanco, aspiraciones y ambición son para el Señor y hacia el Señor; y, para ello, la oración es tan esencial como lo es el alimento para la vida.

En efecto, el predicador, sobre todas las cosas, debe ser consagrado a Dios; sus relaciones con lo Alto son la insignia y las credenciales de su ministerio. Las cuales han de ser siempre claras, concluyentes e inequívocas, no un tipo de piedad común y superficial.

Es más, si el predicador no sobresale en gracia, no sobresale en nada. Si no predica por medio de su vida, carácter y conducta, su predicación nada vale. Si su piedad es ligera, su predicación puede ser tan suave y tan dulce como la música y, sin embargo, su peso será como el peso de una pluma, fugaz como la nube de la mañana o el rocío matinal.

Devoción hacia Dios: no hay sustituto para esto en el carácter y conducta del predicador... Mientras que la devoción a una iglesia, a una organización, a la ortodoxia son miserias, engaños y vanidades cuando



llegan a ser el manantial de inspiración o el alma de un llamamiento. Dios debe ser el mayor manantial de los esfuerzos del predicador, la fuente y corona de toda su fatiga. El Nombre y honor de Jesucristo y el avance de su causa deben ser el todo en todo.

Repetimos, el predicador no debe tener inspiración sino en el Nombre de Jesucristo, y no hay otra ambición que no sea tenerle glorificado. Entonces, la oración será una fuente de ilusiones, el medio de perpetuo avance y el medidor de su éxito.

Sin embargo, es posible que aún algunos se atrevan a pensar que la edad presente tal vez sea una edad mejor que la pasada, pero hay una distancia infinita entre el mejoramiento de una edad por la fuerza de la civilización que avanza y su mejoramiento por el aumento de la santidad y semejanza con Cristo, por medio de la oración. Los judíos fueron mucho mejores cuando Cristo vino que en las edades pasadas. ¡Era la edad de oro de su religión farisaica! Pero su «áurea» edad religiosa crucificó a Cristo. ¡Nunca hubo más oración, nunca menos oración! ¡Nunca más sacrificios, nunca menos sacrificios! ¡Nunca menos idolatría, nunca más idolatría! ¡Nunca más adoración en los templos, y nunca menos adoración a Dios! ¡Nunca más servicio de labios, nunca menos servicio de corazón! ¡Dios adorado por labios cuyos corazones y manos crucificaron al Hijo de Dios!

Pensemos en esto y temblemos cada vez que tengamos la tentación de creer que nuestra condición espiritual es mejor que la de antaño, cuando realmente estamos descuidando el verdadero hábito de la oración devocional y consagrada...

## EL GRAN EJEMPLO DE DAVID BRAINERD

*Yo encarecidamente le recomiendo mucha comunión con Cristo, una comunión creciente. Hay cortinajes que deben ser abiertos en Cristo, que nunca hemos visto, nuevos pliegues de amor en Él. Me desespera que nunca alcance el lejano término de aquel amor; hay tantos pliegues en él... Por consiguiente, cave profundo, fatigüe, trabaje y afánese por Él, y dedíquele todo el tiempo posible cada día. Él será adquirido en la labor...*

SAMUEL RUTHERFORD

Dios tiene ahora, y ha tenido, muchos de estos hombres, predicadores devotos y plenos de oración; hombres en cuyas vidas, la oración ha sido una fuerza poderosa, controladora y conspicua. El mundo ha sentido su poder honrado de lo Alto. La causa de Dios se ha movido poderosa y velozmente por sus oraciones; la santidad ha brillado en sus caracteres con refulgencia divina...

Y Dios encontró a uno de los hombres que estaba buscando en David Brainerd, cuya obra y nombre han pasado a la historia. No fue un hombre ordinario, sino que fue capaz de brillar en cualquier compañía. Era el camarada del sabio y de los que tienen dones; eminentemente adaptado para llenar los más atrayentes púlpitos y trabajar entre los más refinados y cultos, quienes estuvieron tan ansiosos de asegurarle como pastor suyo. Jonathan Edwards dio testimonio de que era «un joven de distinguidos talentos; tenía un extraordinario conocimiento de los hombres y de las cosas, grandes poderes de conversación, aventajado en su conocimiento de la Teología y verdaderamente, a pesar de su juventud, un predicador extraordinario, especialmente en todas las materias relacionadas con la religión experimental». En palabras textuales, Edwards llegó a afirmar:

«No conocí a uno igual, de su edad y posición, en el claro y exacto conocimiento de la naturaleza y esencia de la verdadera religión. Su manera de orar fue casi inimitable. Su erudición era muy considerable, y tenía dones extraordinarios para el púlpito».

Y también añadió:

«Su vida muestra el camino exacto para el éxito en la obra del ministerio. Él lo buscó como un soldado busca la victoria en medio de un asedio o una batalla; o como un hombre que corre en una carrera para ganar un gran premio. Animado por el amor a Cristo y a las almas, ¡cómo trabajó! Siempre fervientemente. No solamente en palabra y doctrina, en público y privado, sino también en oraciones de día y de noche, luchando con Dios en secreto y dando a luz con indecible gemido y agonía hasta que Cristo fuera formado en los corazones del pueblo al que fuera enviado. Como un verdadero hijo de Jacob, perseveró en la lucha a través de todas las tinieblas de la noche, hasta rayar el día».

Casi podemos atrevernos a decir que ninguna historia más sublime ha sido registrada en los anales terrenales que la de David Brainerd; ningún milagro atestigua con mayor fuerza divina la verdad del cristianismo que la vida y obra de este hombre. En completa soledad, en las selvas vírgenes de América, luchando día y noche con una enfermedad mortal, ignorante en el cuidado de almas, teniendo acceso a los indios, por un largo período de tiempo, únicamente por medio del inhábil instrumento de un intérprete pagano, con la Palabra de Dios en su corazón y en su mano; su alma encendida con la llama divina, un lugar y tiempo para verter su alma en oración al Padre, plenamente estableció la adoración a Dios y aseguró todos sus buenos resultados.

Como consecuencia, los indios fueron cambiados en gran manera, desde los más bajos embrutecimientos de un ignorante y degradado paganismo a cristianos puros, devotos e inteligentes. También, todos los vicios fueron reformados, y los deberes externos del cristianismo, a la vez, abrazados y ejecutados; la oración de familia establecida, el día del Señor instituido y religiosamente observado y las gracias internas de la religión exhibidas con creciente dulzura y fortaleza.

Y es que Dios podía afluir sin interrupción por medio de David Brainerd. Esto es, la omnipotencia de la gracia no fue ni detenida ni limitada por las condiciones de su corazón; porque nada es demasiado difícil para Dios, si Él puede encontrar una verdadera calidad humana para hacerlo.

Sí, Brainerd vivió una vida de santidad y oración: su diario está lleno y es monótono en relación a sus momentos de ayuno, meditación y retiro. De hecho, el tiempo que empleó en oración privada acumulaba muchas horas diarias:

«Cuando regreso a casa... *–escribió en una ocasión–* me doy a la meditación, oración y ayuno. Mi alma anhela la mortificación, la negación de sí misma, la humildad y el divorcio de todas las cosas del mundo. No tengo qué hacer en la Tierra, sino tan solo trabajar honradamente en ella para Dios. Y no deseo vivir un minuto por cualquier cosa que la Tierra pueda concederme».

Según este elevado concepto, él oró de la siguiente manera:

«Sintiendo algo de la dulzura de la comunión con Dios y de la fuerza constriñente de su amor, y cuán admirablemente cautiva el alma y hace que todos los deseos y afecciones se centralicen en Él, yo he apartado esta sencilla oración y ayuno en secreto, para rogar al Padre que me bendiga y dirija con cuidado en la obra de predicar el Evangelio que tengo en perspectiva, y que el Señor vuelva hacia mí y me muestre la luz de su rostro. Yo tenía poca vida y poder al mediodía. Pero cerca de la media tarde, Dios me capacitó para luchar ardientemente por todos mis amigos ausentes. Y precisamente en la noche, el Señor me visitó maravillosamente en oración. Creo que mi alma nunca estuvo en una agonía semejante antes. No siento sujeción, porque los tesoros de la gracia divina fueron abiertos para mí. Luché por los amigos ausentes, por la cosecha de almas, por las multitudes de pobres almas y por los muchos que yo creía eran los hijos de Dios, personalmente, en muchos y distintos lugares. Estuve, pues, en agonía desde la media hora después de salido el sol hasta cerca de la noche... Me encontraba todo humedecido de sudor, pero me pareció que no había hecho nada. ¡Oh, mi querido Salvador sudó sangre por las pobres almas! Yo ansío más compasión por ellas... Finalmente, me sentí en una actitud placentera, bajo una sensación de amor y gracia divina, y fui a la cama en tal condición, con mi corazón puesto en Dios».

He aquí un ejemplo de la verdadera oración... La vida entera de Brainerd fue una vida de oración. Él oró día y noche, antes y después de predicar; cabalgando a través de las interminables soledades de los montes, o sobre un lecho de paja. Retirándose a los solitarios y densos montes... Hora tras hora, día tras día, al comenzar la mañana y al terminar la noche, él estaba orando y ayunando, vertiendo su alma, intercediendo y meditando con Dios. Él fue con Dios poderosamente, y Dios fue poderosamente con Él. Y por ello, siendo muerto, aún habla y obra, y hablará y obrará hasta que el fin

venga. Y entre los amados gloriosos de aquel glorioso día, David Brainerd  
estará entre los primeros...

Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com

## CAPÍTULO 10

### LA MENTE Y EL CORAZÓN DEL PREDICADOR

*Estudie, no para ser un predicador refinado –los muros de Jericó fueron derribados con cuernos de carneros–; busque simplemente a Jesús como material para predicar, y todo lo que desee le será dado; y lo que se le dé, será bendecido, ya sea un grano de cebada o un pan de trigo, una costra o una miga. Su boca será un arroyo que fluye o una fuente sellada, según sea su corazón. Evite toda controversia en la predicación, conversación o publicación; no predique nada de lo de abajo, sino el mal; y nada de lo de arriba, sino a Jesucristo.*

BERRIDGE

La oración hace del predicador un predicador de corazón. Pone el corazón del predicador en el sermón y viceversa (o sea, el sermón del predicador en el corazón de éste).

Y es que el corazón hace al predicador. Es decir, los hombres de grandes corazones son unos grandes predicadores.

Es cierto que en ocasiones, algunos corazones malos hicieron algunas cosas buenas... Un mercenario o un extraño pueden ayudar a una oveja en algún momento dado, movidos por intereses personales, pero solo el buen pastor con el corazón bondadoso bendecirá a la oveja, a medida de su responsabilidad como pastor.

Pero, ¿qué es un «corazón bondadoso»? Un corazón preparado, lo cual es mucho mejor que un sermón preparado (pues un corazón preparado hará un sermón preparado).

Volúmenes enteros han sido escritos sosteniendo el mecanismo y el gusto de hacer un sermón, hasta que hemos llegado a estar poseídos por la idea de que este andamio es la construcción. El joven predicador ha sido enseñado a colocar toda su fuerza en la forma y hermosura de su sermón como un producto calculado e intelectual. Hemos, por este medio, cultivado un gusto vicioso entre el pueblo y levantado el clamor por un talento en lugar de gracia, elocuencia en lugar de piedad, retórica en lugar de revelación, reputación y brillo en lugar de santidad. Por todo ello, hemos perdido la verdadera idea y poder de la predicación, hemos perdido la punzante

convicción de pecado, la rica experiencia y el elevado carácter cristiano y la autoridad sobre las conciencias que siempre resulta de la predicación genuina.

Nuestra gran falta no está, pues, en la cultura de la mente, sino en la cultura del corazón; porque no meditamos en Dios y en su Palabra, y no velamos, ayunamos y oramos lo suficiente.

¿Puede la ambición, que codicia la alabanza y la posición, predicar el Evangelio de Aquel, quien no hizo de sí mismo ninguna reputación y tomó la forma de un siervo? ¿Puede el soberbio, el vanidoso, el egoísta, predicar el Evangelio de Aquel, quien fue modesto y humilde? ¿Puede el hombre de mal carácter, colérico, egoísta, duro, mundano, predicar el sistema que abunda en paciencia, abnegación, ternura, lo cual imperativamente demanda separación de la enemistad y crucifixión al mundo? ¿Puede el mercenario oficial, sin corazón, superficial, predicar el Evangelio que demanda al pastor dar su vida por las ovejas? ¿Puede el hombre codicioso, quien considera el salario y dinero, predicar el Evangelio hasta que haya espigado su corazón, y pueda decir como Cristo y Pablo en las palabras de Wesley: «Lo considero estiercol y escoria. Lo piso bajo mis pies; lo estimo como el fango de las calles; no lo deseo, no lo busco»?

La revelación de Dios no necesita la luz del genio humano, el pulimento y la fortaleza de la cultura para adornarla y reforzarla, sino que demanda la simplicidad, la docilidad, la humildad y la fe del corazón de un niño.

Fue esta rendición y subordinación del intelecto y del genio a las fuerzas espirituales y divinas lo que hizo de Pablo un apóstol incomparable entre los apóstoles. Y fue esto también lo que le dio a Wesley el poder necesario para propagar sus trabajos en la historia de la humanidad.

En efecto, nuestra gran necesidad es la preparación del corazón. Lutero lo puso como un axioma:

«El que ha orado bien, ha estudiado bien».

Esto no significa que los hombres no tengan que pensar y usar su intelecto, sino que usarán su intelecto mejor quienes cultiven más su corazón. Éstos estarán más capacitados para estudiar la Biblia y sondear las profundidades y embrollos de la compleja psicología humana.

En otras palabras, la predicación es la mente, y su fuente es el corazón. Así, nosotros podemos ampliar y profundizar el canal, pero si no tenemos buen cuidado con la pureza y profundidad de la fuente, nuestro canal estará

seco o contaminado. El problema es que creemos que casi cualquier hombre de inteligencia común tiene sentido suficiente para predicar el Evangelio, cuando verdaderamente muy pocos tienen gracia suficiente para hacerlo.

El corazón es el salvador del mundo: la cabeza, el genio, el cerebro o los dones naturales no salvan... Pues el Evangelio sólo fluye a través de los corazones. Las fuerzas más poderosas son fuerzas del corazón. Las gracias más dulces y amables son gracias del corazón. Grandes corazones hacen grandes caracteres, caracteres divinos... Porque «Dios es amor» (1 Jn. 4:16), y no hay nada más grande que el amor, nada más grande que Dios. Es más, los corazones hacen el Cielo, y el Cielo es amor. ¡No hay nada más elevado y más dulce que el Cielo! Allí, en el Cielo, el homenaje de la cabeza no influye. De hecho, allí servimos a Dios únicamente con nuestros corazones.

Sin embargo, uno de los serios y más populares errores del púlpito moderno es poner más del pensamiento que de la oración, más de la cabeza que del corazón.

Recordemos, entonces, que el buen pastor «su vida da por las ovejas» (Jn. 10:11); a saber, la cabeza nunca hace mártires: es el corazón el que rinde la vida al amor y a la fidelidad. Se necesita gran valor para ser un fiel pastor; valor que brota del corazón. Fue el corazón precisamente lo que hizo bajar al Hijo de Dios del Cielo y lo trajo a la Tierra. Y es el corazón igualmente lo que atraerá a los hombres hacia el Cielo.

¡Qué fácil es, no obstante, llenar la cabeza que preparar el corazón! ¡Hombres de corazón es lo que el mundo necesita para simpatizar con sus dolores, para quitar sus tristezas, compadecer sus miserias y aliviar sus penas! No meros intelectuales... Cristo mismo, el «varón de dolores» (Is. 53:3), fue preeminentemente un hombre de corazón.

«Dame tu corazón» es, por consiguiente, la demanda de Dios a los hombres (ver Pr. 23:26). Asimismo, «dame tu corazón» es la demanda del hombre al hombre...



## CAPÍTULO 11

# EL ARTE DE PREDICAR, UNA UNCIÓN DE DIOS

*Todos los esfuerzos del ministro serán vanos o peor que vanos si no tiene unción. La unción debe descender del Cielo y esparcir un sabor y sentimiento y gusto sobre su ministerio; y entre los otros medios que lo califican para su oficio, la Biblia debe tener el primer lugar, y el último también debe ser dado a la Palabra de Dios y a la oración.*

RICHARD CECIL

Alejandro Knox era un filósofo cristiano, contemporáneo y amigo íntimo de Wesley, el cual sentía mucha simpatía espiritual por el movimiento wesleyano, aunque nunca llegó a pertenecer a él. Éste escribió:

«Es extraño y lamentable, pero yo verdaderamente creo en el hecho de que, excepto entre los metodistas y la clerecía metodista, no hay mucha predicación atractiva en Inglaterra. El clero, muy generalmente, ha perdido arte. Hay, lo concibo, en las grandes leyes del mundo moral una especie de comprensión secreta, semejante a las afinidades químicas, entre las verdades religiosas rectamente promulgadas y los sentimientos más profundos de la mente humana. Donde el uno es debidamente exhibido, el otro responderá. ¿No ardían nuestros corazones dentro de nosotros? Pero para esto es indispensable un sentimiento devoto en el orador. Ahora, estoy obligado a anunciar de mi propia observación que esta unción es, fuera de toda comparación, más probable que se encuentre en Inglaterra, dentro del grupo metodista que en una iglesia parroquial. Esto, y solo esto, parece realmente ser lo que llena las casas metodistas y falta en las iglesias parroquiales. Yo no soy, como verdaderamente lo creo, un entusiasta; soy un sincero y cordial anglicano, humilde discípulo de la escuela de Hale y Boyle de Burnet y Leighton.

Pero debo asegurar que cuando estuve en este país, ahora hace dos años, no oí un solo predicador que me enseñara como mis grandes maestros, sino los que se consideran metodistas. Y desespero de encontrar un átomo de instrucción para el corazón en ninguna otra parte. Los predicadores metodistas (aun cuando yo no puedo aprobar siempre todas sus expresiones) hacen más segura difusión de esta religión pura y verdadera.

Yo sentí verdadero placer el domingo pasado. Puedo dar testimonio de que el predicador habló, a la vez, palabras de verdad y templanza. No hubo elocuencia –el hombre honrado no sueña con tal cosa–, pero hubo algo mejor: una comunión cordial de la verdad vitalizada. Digo *vitalizada* porque él declaró para otros lo que le fue imposible dejar de sentir en su propia vida».

He aquí el auténtico arte de predicar. Cualquier otro arte que pueda tener y retener el artificio de hacer sermones y de agradar a un auditorio ha perdido el arte divino de la predicación. Pues solamente la unción vitaliza la verdad revelada de Dios, la hace viva y capaz de dar vida.

La misma verdad de Dios hablada sin esta unción es leve, muerta y mortal. Aunque abunde en verdad, con pensamientos graves, aunque brille con retórica, aunque esté dirigida con lógica, aunque esté potencializada con ardor, sin esta unción divina, prorrumpen en muerte y no en vida. El señor Spurgeon expresó de este modo:

«Me pregunto cuánto podríamos fustigar nuestros cerebros antes de que pudiéramos explicar plenamente lo que significa predicar con unción. Sin embargo, el que predica conoce su presencia, y el que oye pronto descubre su ausencia. Samaria en hambruna típica un discurso sin esta unción. Jerusalén, con sus fiestas y viandas gordas, llenas de tuétano, sirve para representar un sermón enriquecido con esta unción. Cada uno conoce lo que es el frescor de la mañana cuando las perlas de oriente abundan en cada tallo de hierba; pero, ¿quién puede describirlo, y mucho menos producirlas de sí mismo? Tal es el misterio de la unción espiritual. Sabemos, pero no podemos decir a otros lo que es. Es tan fácil como insensato falsearlo. La unción es una cosa que no puede manufacturarse, y sus imitaciones son peor que inútiles. Sin embargo es, en sí misma, de precio infinito y de suma necesidad, si deseamos edificar a los creyentes y traer a los pecadores a Cristo».

En efecto, la unción es aquello indefinible e indescriptible que un antiguo y renombrado predicador escocés describió así:

«Hay algunas veces algo en la predicación que no puede ser atribuido al asunto o expresión, y que no puede describirse ni conocer de dónde viene; sino que con una dulce violencia penetra en el corazón y afecciones, y que viene inmediatamente del Señor; pero si hay alguna manera de obtener tal cosa, es por la disposición celestial del orador».

Es esta unción lo que hace a la Palabra de Dios «viva y eficaz, y más penetrante que toda espada de dos filos, y que alcanza a partir el alma, e incluso el espíritu, y las coyunturas de los tuétanos, y discier-ne los pensamientos y las intenciones del corazón» (He. 4:12).

«Una espada de dos filos  
de un templado filo celestial  
y doble fueron las heridas que hizo,  
donde quiera que penetró.  
Fue muerte para el pecador,  
fue vida para todos los que gimen,  
que gimen por el pecado;  
ella enciende y silencia la lucha,  
hace la guerra y la paz también».

Y es esta unción igualmente la que da a las palabras del predicador su agudeza, penetración y poder, y crea tal fricción y agitación en muchas congregaciones muertas, convenciendo a la conciencia y quebrantando el corazón.

Pero, sobre todo, es el distintivo que separa y que distingue la verdadera predicación del Evangelio de todos los otros métodos de presentación de la verdad, y crea una amplia hendidura espiritual entre el predicador que la tiene y el que no la tiene.

Porque la unción divina respalda e impregna la verdad revelada con toda la energía de Dios: es simplemente poner a Dios en su propia Palabra y sobre su propio predicador. Engrandecimiento y libertad, plenitud de pensamiento, dirección y simplicidad de emisión son, pues, los frutos de esta unción.

Sin embargo, a menudo, el ardor es tomado equivocadamente por la unción.

*Ardor* y *unción* parecen semejantes desde algunos puntos de vista. Se requiere, entonces, un ojo espiritual y un gusto espiritual para discriminar ambos aspectos. A saber, el ardor puede ser sincero, serio, ardiente y perseverante. Emprende una cosa con buena voluntad, la persigue con perseverancia y la provoca con ardor; pone su fuerza en ello. Pero todas estas fuerzas no se elevan más alto de lo meramente humano. El hombre

está en ello, el hombre entero, con todo lo que él tiene de voluntad y corazón, de cerebro y genio, de planes, trabajo y palabra. Él se ha propuesto a sí mismo una resolución que le ha dominado y que persigue para apropiársela y, no obstante, no hay nada de Dios en ella...

Así, por ejemplo, había un predicador algo famoso y dotado, cuya construcción de la Escritura era para su fantasía o propósito, el cual «llego a ser muy elocuente sobre su propia exégesis». Y es que los hombres crecen desmesuradamente ardientes sobre sus propios planes o movimientos, y el ardor puede ser el egoísmo simulado.

El fervor o ternura excitados por un sermón patético o emocional puede parecer semejante a los movimientos de la unción divina, pero ellas no son fuerzas pungentes, penetrantes, angustiosas. Ningún bálsamo curativo para el corazón hay en estos movimientos superficiales, simpáticos, emocionales; no son radicales, no descubren el pecado, ni lo cubren.

¿Cómo distinguir entonces la verdadera *unción* del *ardor*? La unción genuina viene al predicador no por el estudio, sino en la cámara secreta. Es la destilación celestial en respuesta a la oración; la destilación del Espíritu Santo. Ella impregna, difunda, ablanda, filtra, corta y calma. Es el don de Dios y la señal puesta a sus propios mensajeros; el distintivo del Cielo dada a los verdaderos escogidos y valientes, quienes lo han buscado a través de muchas horas de oración batalladora y llena de lágrimas.

En definitiva, la unción es el unguimiento del Espíritu Santo que separa al ministro para la obra de Dios y lo califica para ello. Esta unción es la habilitación divina por la cual el predicador realiza los fines peculiares y salvadores de la predicación. Sin esta unción, no hay verdaderos resultados espirituales.

Esta unción divina es lo que genera, por la Palabra de Dios, los resultados espirituales que fluyen del Evangelio. Otorga al predicador libertad y engrandecimiento de pensamiento y de alma; una soltura, plenitud y dirección de palabra que no pueden asegurarse por ningún otro proceso. ¡Tan imposible es que el corazón humano sea barrido de su dureza y pecado por las fuerzas humanas, como lo es que las rocas sean barridas por la fluxión incesante del océano!

Esta unción es, además, una fuerza consagradora, y su presencia es la prueba continua de aquella consagración. Otras fuerzas y motivos pueden llamar al predicador a la obra, pero solo ésta es consagración. Dicho de otra

manera, una separación para la obra de Dios por el poder del Espíritu Santo es la única consagración reconocida como legítima por Dios.

La unción, la unción divina, el unguimiento celestial, es lo que el púlpito necesita hoy y debe tener; un aceite divino y celestial puesto en ello por la imposición de la mano de Dios, que ablanda y lubrica al hombre íntegro – corazón, cabeza y espíritu–, hasta que lo aparta de todos los motivos y designios terrenales, seculares, mundanales, egoístas y ambiciosos, y lo acerca a todo lo que es puro y agradable a Dios.

Y lo más maravilloso es que esta unción no pertenece a la memoria o época del pasado, ni es un don enajenable; sino que es un don presente y perpetuo, que aumenta por el mismo proceso por el que fue primeramente obtenido: por la oración incesante a Dios, por apasionados deseos en pos de lo divino, por estimarla, por buscarla con incansable ardor y devoción. ¡Pues esta unción viene directamente de Dios en respuesta a la oración! Corazones de oración son los únicos corazones que son llenados con este aceite; labios de oración son los únicos que son ungidos con esta unción divina.

Sí, oración, mucha oración es el precio de la unción en la predicación. Sin oración incesante, la unción nunca viene al predicador. Sin perseverancia en la oración, la unción, semejante al maná guardado, cría gusanos...

Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com

## CAPÍTULO 12

# LA ORACIÓN INTERCESORA DEL PREDICADOR POR SU IGLESIA

*Déme cien predicadores que no teman nada sino al pecado, y no deseen nada sino a Dios. ¡Me importa un comino que ellos sean clérigos o laicos! Los tales harán temblar las puertas del infierno y establecerán el Reino del Cielo en la Tierra. Pues Dios no hace nada, si no es en respuesta a la oración...*

JOHN WESLEY

Los apóstoles conocían la necesidad y el valor de la oración en su ministerio. Ellos confesaron que su elevada comisión como apóstoles, en lugar de relevarlos de la necesidad de orar, los comisionaba a ella por una necesidad más urgente. Así que, excesivamente celosos de que ninguna otra obra importante agotara su tiempo y los privara de «darse con persistencia a la oración y al ministerio de la Palabra» (Hch. 6:4), señalaron laicos para llevar a cabo los delicados y absorbentes deberes de ministrar a los pobres; dijo Pablo:

«Orando día y noche, continuamente...» (1 Ts. 3:10).

No en vano, estos santos apóstoles concibieron que ellos desempeñarían sus elevados y solemnes deberes de comunicar fielmente la Palabra de Dios únicamente si permanecían e insistían en el ejercicio de la oración. Y esta oración apostólica fue tan abrumadora, laboriosa e imperativa como su predicación apostólica; oraron, pues, poderosamente día y noche para atraer a su pueblo a las más elevadas regiones de la fe y de la santidad.

¡Qué sublimidad de alma, qué pureza y elevación de motivos, qué desinterés, qué sacrificio personal, qué trabajo tan agotador, qué ardor de espíritu y qué tacto divino se requieren para ser intercesor de los hombres!

Esto es, el predicador debe entregarse a sí mismo a la oración intercesora de sus feligreses; no para que ellos puedan simplemente ser salvos, sino para que sean poderosamente salvados. Los apóstoles se entregaron a sí mismos en oración para que sus santos pudieran ser perfectos; que no pudieran tener un poco de gusto por las cosas de Dios, sino que pudieran «ser llenos de toda la plenitud de Dios» (Ef. 3:19). Pablo no confiaba en su

predicación apostólica para conseguir este fin, sino que, por esta causa, dobló sus rodillas al Padre. Y la oración de Pablo llevó a sus convertidos más allá en la elevada calzada de la santidad que su predicación.

Epafras hizo tanto o más con la oración por los santos de Colosas que con su predicación. Él trabajó fervientemente siempre en oración por ellos, para que «pudieran estar perfectos y cumplidos en toda la voluntad de Dios» (Col. 4:12).

Si en años posteriores los líderes de la Iglesia hubieran sido tan exigentes y fervientes en orar por su pueblo como lo fueron los apóstoles, los tristes y oscuros tiempos de mundanalidad y apostasía no habrían dañado la historia, eclipsado la gloria y detenido el avance del Cuerpo de Cristo. Igualmente, el predicador que haya aprendido en la escuela de Cristo el elevado y divino arte de la intercesión por su pueblo conocerá el arte de la predicación.

Los predicadores son preeminentemente líderes de Dios y principalmente responsables de la condición de la Iglesia. Ellos moldean el carácter, dan tono y dirección a la vida eclesial. La Iglesia es divina, el tesoro que encierra es celestial, pero lleva la impresión de lo humano: el tesoro está en vasijas de barro, y toma el gusto del vaso. Por consiguiente, la Iglesia de Dios es hecha por sus líderes, (ya sea que ella los haga o sea hecha por ellos); será, pues, lo que sean sus líderes: espiritual, si ellos son espirituales, o secular, si ellos lo son... Porque una iglesia raramente se rebela *contra* o se eleva *sobre* la religión de sus líderes (así, por ejemplo, los reyes de Israel dieron carácter a la piedad de Israel).

La oración es una de las eminentes características de una dirección espiritual fuerte. Los hombres de poderosa oración son hombres de poder y amoldan las cosas; su poder con Dios tiene la senda de conquista.

¿Cómo puede un hombre predicar si no ha conseguido su mensaje fresco de Dios en la cámara secreta? ¿Cómo puede predicar sin tener su fe avivada, su visión lúcida y su corazón caldeado por su estrecha unión con Dios? ¡Ay del púlpito cuyos labios no son tocados por esta llama de la cámara secreta! Árido y sin unción será siempre, y las verdades divinas nunca vendrán con poder de semejantes labios. Hasta donde los intereses verdaderos de la religión atañen, un púlpito sin una cámara secreta siempre será una cosa estéril.

Edades de gloria milenial han sido perdidas por una Iglesia falta de oración. Más aún, la venida de nuestro Señor ha sido postergada

indefinidamente por una Iglesia falta de oración. El infierno se ha ensanchado y se han llenado sus horrorosas cavernas en presencia del servicio muerto de una Iglesia falta de oración.

«Orad sin cesar» (1 Ts. 5:17) es la última llamada del clarín para los predicadores de este siglo. Solo entonces, el siglo siguiente encontrará un nuevo Cielo y una nueva Tierra; porque el Cielo y la Tierra viejos y corruptos pasarán bajo el poder de un ministerio de oración intercesora por el mundo...

Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com



## CAPÍTULO 13

# LA ORACIÓN INTERCESORA DE LA IGLESIA POR SU PASTOR

*Si algunos cristianos que se han estado lamentando de sus ministros hubieran dicho y actuado menos delante de los hombres y se hubieran aplicado ellos mismos con todo el poder, para clamar a Dios por aquellos, hubieran, por así decirlo, levantado y asaltado el Cielo con sus humildes, fervientes e incesantes oraciones intercesoras, y habrían estado más cerca del camino al éxito.*

JONATHAN EDWARDS

De algún modo, la práctica de orar por el predicador en particular ha caído en desuso. De vez en cuando, hemos oído la práctica denunciada como un descrédito del ministerio, siendo una declaración pública por los que la hacen de la ineficacia del ministerio. Ello ofende el orgullo de la erudición y el de la propia suficiencia, quizás, y éstas deben ofenderse y reprocharse de un ministerio que está tan abandonado como para admitir que existe.

Pero la oración del pueblo en favor del predicador es una necesidad. De hecho, ya hemos estudiado cómo es deber del predicador orar por sus feligreses... ¿Por qué no, entonces, deberían éstos también orar por su predicador y pastor? Estas dos proposiciones son cónyuges dentro de una unión y nunca han de conocer la separación: el predicador debe orar por su iglesia, y la iglesia tiene que orar por su pastor. Y es que un verdadero predicador, después de cultivar su propio espíritu y orar por los suyos, anhela con gran vehemencia que sus hermanos oren por él... ¡Y no se avergüenza de ello!

Cuanto más abiertos estén los ojos del predicador a la naturaleza, responsabilidad y dificultades de su obra, tanto más verá y sentirá la necesidad de la oración, no solamente la privada e intercesora que él haga con Dios, sino la de otros que le acompañen y ayuden con sus oraciones correspondientes.

Pablo es una ilustración de esto; si alguno podía proyectar el Evangelio por golpe de fuerza personal, por poder del cerebro, por cultura, por gracia

personal, por comisión apostólica de Dios, por llamamiento extraordinario, aquel hombre era Pablo.

En cuanto a que el predicador debe ser un hombre dado a la oración, Pablo era un eminente ejemplo. Pero todavía va más allá; a sus hermanos de Roma escribió:

«Ruegoos empero, hermanos, por el Señor Jesucristo y por la caridad del Espíritu, que me ayudéis con vuestras oraciones a Dios por mí» (Ro. 15:30).

A los efesios, les dijo:

«Orando en todo tiempo, con toda deprecación y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda instancia y suplicación por todos los santos, y por mí, para que me sea dada Palabra en el abrir de mi boca con confianza para hacer notorio el ministerio del Evangelio» (Ef. 6:18 y 19).

Asimismo, enfatizó a los colosenses:

«Orando también juntamente por nosotros, que el Señor nos abra la puerta de la Palabra, para hablar el ministerio de Cristo, por el cual todavía estoy preso, para que lo manifieste como me conviene hablar» (Col. 4:3 y 4).

También a los tesalonicenses les rogó:

«Hermanos, orad por nosotros [...] Resta, hermanos, que oréis por nosotros; que la Palabra del señor corra y sea glorificada como entre vosotros, y que seamos librados de hombres importunos y malos» (1 Ts. 5:25; 2 Ts. 3:1 y 2).

Y por supuesto, Pablo llamó a la iglesia de Corinto para que le ayudaran:

«... cooperando también vosotros a favor nuestro con la oración, para que por muchas personas sean dadas gracias a favor nuestro por el don concedido a nosotros por medio de muchos» (2 Co. 1:11).

Igualmente, inculcó a los filipenses que todas sus aflicciones y oposición podían subordinarse a la extensión del Evangelio por la eficiencia de sus oraciones por él. Y Filemón, por medio de sus oraciones, preparó alojamiento para Pablo (ver Flm. v. 22).

Pablo, pues, pide, anhela y aboga de una manera apasionada por la ayuda de todos los santos de Dios. Sabía que en la esfera espiritual, como en cualquier otra parte, la unión hace la fuerza; que la concentración y agregación de la fe, deseo y oración aumenta el volumen espiritual hasta llegar a ser abrumador e irresistible. Y es que la combinación de unidades de oración, semejantes a gotas de agua, hacen un océano que desafía la resistencia. Así, Pablo, con su clara y plena aprehensión de la dinámica

espiritual, determinó hacer un ministerio tan impresionante, tan eterno, tan irresistible como el océano por la acumulación de todas las unidades dispersas de oración, precipitándolas sobre su ministerio.

Esta actitud de Pablo ilustra su humildad y profunda visión interior de la proyección del Evangelio. Además, enseña una lección para todos los tiempos: la necesidad que tienen los ministros de que oremos por ellos.

Pablo no sintió que esta urgente súplica por la oración pudiera rebajar su dignidad, disminuir su influencia o desestimar su piedad. ¿Y qué importa si acaso lo hizo? ¡Que se vaya la dignidad, que se destruya la influencia, que se manche la reputación! Lo que él anhelaba era únicamente contar con las oraciones intercesoras de los suyos...

Los que oran son, para el predicador, como Aarón y Hur fueron para Moisés, que sostuvieron las manos de aquel en alto y obtuvieron la victoria en la batalla que tan fieramente les rodeaba (ver Éx. 17:8-16).

«Oren los hombres en todo lugar» (1 Ti. 2:8), éste es el cuidado del esfuerzo apostólico y la nota clave del éxito del mismo. Jesucristo se había esforzado para hacer esto en los días de su ministerio personal. A sus discípulos, les dijo:

«Rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies» (Mt. 9:38; Lc. 10:2).

Y dice también la Escritura: «propúsoles también una parábola sobre que es necesario orar siempre y no desmayar» (Lc. 18:1). Por tanto, si Cristo lo enseñó así, ¿quiénes somos nosotros para pasar por alto este imperativo divino? Oremos, pues, por el crecimiento espiritual de nuestros ministros, y la Iglesia crecerá a la par de ellos.

## CAPÍTULO 14

### LA IMPORTANCIA DE LA DEVOCIÓN PERSONAL

*Alzad las manos caídas, por medio de la fe y la oración; y afirmad las rodillas paralizadas. ¿Habéis tenido algún día de oración y ayuno? Llegaos hasta el trono de la gracia, y perseverad allí; y entonces descenderá sobre vosotros su misericordia...*

JOHN WESLEY

Nuestras devociones no se miden por el reloj, pero el tiempo está en su esencia. La habilidad para esperar, detenerse y presionar pertenecen esencialmente a nuestra comunión con Dios. En todo lugar se ve que la precipitación es impropia y dañina hasta una medida alarmante en esta gran ocupación devocional. Devociones cortas son la ruina de la profunda piedad. Quietud, alcance, fortaleza no son nunca los compañeros de la precipitación. Éstas vacían el vigor espiritual, detienen el progreso y carcomen los fundamentos espirituales. Y es que las devociones cortas y precipitadas son el origen prolífico de la apostasía y la segura indicación de una piedad superficial; defraudan, pudren la simiente y empobrecen el terreno.

Es verdad que las oraciones bíblicas en palabras y en impreso son cortas, pero los hombres de oración de la Biblia fueron compañeros de Dios a través de muchas horas de lucha, dulces y santas. Ellos ganaron por pocas palabras y por larga espera. Así, por ejemplo, las oraciones de Moisés registradas en el texto sagrado pueden ser cortas, pero oró a Dios con ayuno y poderoso clamor durante cuarenta días y cuarenta noches.

Igualmente, la exposición de la oración de Elías puede condensarse en unos pocos y breves párrafos, pero sin duda Elías, quién «orando oraba», empleó muchas más horas de fiera lucha y elevada comunión con Dios antes de que tuviera fuerzas para decir a Acab: «No habrá lluvia ni rocío en estos años, si no es por mi palabra» (1 R. 17:1).

El sumario verbal de las oraciones de Pablo es también corto, pero sabemos que «oraba día y noche, con grande instancia» (1 Ts. 3:10). Y el Padrenuestro es un divino epítome para labios infantiles, pero el hombre Jesucristo oró muchas noches enteras antes de que su obra fuera hecha. Sus

devociones de toda la noche y largamente sostenidas fueron las que dieron a su obra su pulimento y perfección, y a su carácter la plenitud y gloria de su divinidad.

Entonces, ¿cuál es el problema para que los hombres y mujeres de hoy no tengan devociones intensas? A saber, la obra espiritual es una obra desgastadora, y a los hombres les repugna hacerla. La oración, la verdadera oración cuesta un gasto de seria atención y de tiempo, lo cual no apetece al ser humano. Pocas personas son hechas de tan fuerte fibra que quieran hacer tan costoso gasto cuando la obra superficial bien puede pasar en el mercado.

Henry Martin lamentaba que «la falta de lectura devocional privada y cortedad de oraciones por medio del incesante trabajo de hacer sermones producían mucha extrañeza entre Dios y su alma». Él juzgó que había dedicado demasiado tiempo a las administraciones públicas y demasiado poco a la comunión privada con Dios. Y fue impresionado, entonces, para apartar tiempo en ayuno y para dedicar tiempo a la oración solemne. Y como resultado de esto, él relató más tarde:

«Fui auxiliado esta mañana para orar durante dos horas».

Tal experiencia vivió William Wilberforce:

«Yo debo buscar más tiempo para las devociones privadas... *—escribió—*. He estado viviendo demasiado en público... La cortedad de las devociones privadas mata el alma por hambre; ella crece pobre y lánguida. He estado velando hasta muy tarde».

Y tras un fracaso en el Parlamento, llegó a afirmar:

«Dejéme registrar mi pena y mi vergüenza, y todo, porque probablemente, las devociones privadas han sido acortadas, y así Dios me permitió tropezar».

Así pues, solamente hay un remedio contra las devociones cortas: más tiempo y a horas más tempranas para la oración, lo cual actuaría mágicamente en reavivar y vigorizar la vida espiritual decaída de muchos, y se manifestaría en un santo vivir; ya que una vida santa no sería una cosa tan rara y tan difícil si nuestras devociones no fueran tan cortas y apresuradas. Y un temperamento cristiano en su dulce y desapasionada fragancia no sería una herencia tan extraña y desesperada si nuestras permanencias en la cámara secreta fueran alargadas e intensificadas.

En otras palabras, vivimos tan mezquinamente porque oramos de una forma mediocre. Abundancia de tiempo para festejarnos en nuestras cámaras secretas traerá gordura a nuestras vidas. Y es que nuestra habilidad para estar con Dios en nuestra cámara secreta mide nuestra habilidad para estar con Dios fuera de ella.

Repetimos, las visitas apresuradas a la cámara secreta son engañosas y negligentes. No solo somos engañados por ellas, sino que somos perdedores por ellas en muchas maneras y en muchos ricos legados. En cambio, la permanencia en la cámara secreta instruye, triunfa. Somos enseñados por ellas, y las más grandes victorias son, a menudo, los resultados de grandes esperas silenciosas y pacientes. Jesucristo pregunto con un énfasis provocativo:

«¿Y Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a Él día y noche?» (Lc. 18:7).

Orar es la cosa más grande que podemos hacer y para hacerla bien debe haber quietud, tiempo y deliberación; de otra manera, se degrada al nivel de las cosas más pequeñas e insignificantes.

Hermanos, debemos aprender de nuevo el valor de la oración; entrar de nuevo en la escuela de la oración. No hay nada que tome más tiempo para aprender. Y si acaso deseamos aprender este maravilloso arte, no deberíamos dar un fragmento de tiempo aquí y allá —«una pequeña conversación con Jesús», como los niños pequeños cantan—, sino que deberíamos demandar con poder férreo las mejores horas del día para Dios y la oración, o no habrá oración digna de tal nombre.

Hoy hay abundancia de predicadores que predicán y pronuncian grandes y elocuentes discursos sobre la necesidad del avivamiento y de la extensión del Reino de Dios; pero no hay muchos que prediquen acerca de la necesidad de la oración. A aquéllos están dirigidas estas palabras de Joel Hawes:

«Dejad que vuestros corazones se aviven espiritualmente. Nunca olvidéis que las iglesias han prevalecido y prosperado por medio de avivamientos; y que si van a existir y prosperar en los años que vienen, esto será por la misma causa, la cual, desde el principio fue para gloria de Dios».

# VISIÓN DE FUTURO PARA LOS PREDICADORES

*Habla para la eternidad. Sobre todas las cosas, cultiva tu propio espíritu. Una palabra dicha por ti, cuando tu conciencia es clara y tu corazón está lleno del Espíritu de Dios, vale más que diez mil palabras habladas en incredulidad y pecado. Recuerda que Dios, y no el hombre, debe tener la gloria. Si el velo de la maquinaria del mundo fuera quitado, cuántas respuestas a las oraciones de los hijos de Dios podríamos encontrar...*

ROBERT MURRAY MCCHEYNE

Solamente reflejos de la gran importancia de la oración podían adquirir los apóstoles antes del Pentecostés. Pero después de aquello, el Espíritu elevó la oración a su posición vital en el Evangelio de Cristo. Gracias a ello, el llamado a cada santo a la oración es un clamoroso y exigente llamamiento del Espíritu. Esto es, la piedad de los santos es hecha, refinada y perfecta por la oración. De hecho, cuando los santos no están en sus oraciones en la mañana y en la tarde, el Evangelio se mueve con paso lento y tímido.

¿Dónde están, sin embargo, los líderes cristianos que enseñen a los santos modernos cómo orar y ponerlos a la obra? ¿Saben acaso que se está levantando un grupo de santos faltos de oración? Vengan al frente y hagan la obra, y será la más grande que pueda hacerse.

Un incremento de las facilidades educacionales y un gran incremento de fuerza monetaria será la más cruel blasfemia a la religión, si ellos no son santificados por más y mejores oraciones de las que están haciendo.

Pero este aumento de la oración nunca vendrá como una cosa natural... Los jefes deben guiar en el esfuerzo apostólico para reafirmar la importancia vital y el hecho de la oración en el corazón y en la vida de la Iglesia. Nadie si no líderes de oración podrán, en efecto, tener seguidores de oración. Los apóstoles de oración engendrarán santos de oración; y un púlpito de oración engendrará bancas de penitentes en oración.

Tenemos, pues, gran necesidad y urgencia de alguien que pueda impulsar a los hombres a darse a esta ocupación de la oración: hoy no somos una

generación de santos de oración.

¿Quién restaurará esta brecha? Hombres de tal fe dominante, de tal santidad sin mancha, de tal marcado vigor espiritual y celo consumidor, que sus oraciones, fe, vida y ministerio sean agresivas como para obrar revoluciones espirituales que formarán «era» en la vida de los individuos y de la Iglesia.

No queremos decir hombres que permiten agitaciones sensacionales con proyectos originales, ni que atraigan por un entretenimiento agradable, sino hombres que puedan agitar las cosas y obrar revoluciones por la predicación de la Palabra de Dios y el poder del Espíritu Santo; revoluciones que cambiarán, sin duda, la corriente entera de los hechos.

Y la habilidad natural y las ventajas educacionales no figurarán como factores en este asunto; sino la capacidad de fe, la habilidad para orar, el poder de la entera consagración y una absoluta pérdida del yo personal para ofrecerlo a la gloria de Dios. Asimismo, una constante e insaciable búsqueda y aspiración de toda la plenitud de Dios.

En definitiva, hombres que hayan padecido una severa crucifixión y una bancarrota con el mundo, que no tengan ni esperanza ni deseo de restaurarlo; hombres que por esta insolvencia y crucifixión hayan vuelto su rostro hacia el Padre con corazones perfectos.

Y Dios puede obrar maravillas si encuentra al hombre propicio. A su vez, los hombres pueden obrar maravillas si hallan a Dios para que los guíe.

Nunca, a lo largo de su historia, la Iglesia ha estado sin esta clase de hombres, cuyo ejemplo y experiencia son una inspiración inagotable, y bendita.

¿Por qué no, pues, habría de existir hoy semejante perfil humano? Aquello que ha sido hecho en materia espiritual puede hacerse de nuevo y mejor hecho. Ésta fue precisamente la visión que tuvo Cristo:

«De cierto, de cierto os digo: el que en Mí cree, las obras que Yo hago él las hará; y mayores que estas hará; porque Yo voy al Padre» (Jn. 14:12).

¡Qué noticia tan esperanzadora! El pasado no ha agotado las posibilidades ni las demandas para hacer grandes cosas para Dios. La Iglesia, que es dependiente de su pasado histórico por sus milagros de poder y gracia vividos, no es todavía, ni será, una iglesia caída. Lo único que hace falta es que resucitemos el hábito de la oración importuna, intercesora y devocional,



y que oremos ardientemente para que la promesa de Dios sea una realidad palpable en nosotros, en los predicadores y en la Iglesia.

Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com